

trono del Emperador, cubierto de estofa, con franjas de oro y plata. A derecha é izquierda se veían los pajes vestidos á la española. El Emperador llevaba un manto, que le llegaba hasta el suelo, y en la cabeza la corona de Austria; el elector de Sajonia, que desempeñaba las funciones de gran mariscal del imperio, tenia la espada imperial; la mano de la justicia la tenia el margrave.

El cojin ó almohadon destinado á recibir la corona cuando Carlos V se descubriese, estaba guardado por dos pajes. Sobre la segunda linea del anfiteatro estaba el asiento de los Arzobispos y Obispos, Nuncio pontificio y embajadores; debajo las sillas de tijera reservadas á los doctores católicos Eck, Cochlée y Nausea. A Eck ya le conocemos.

Cochlée no se parecía, por cierto, á Eck: en vez de tender lazos á su enemigo, tejia telas de araña, donde esperaba paciente que viniese á prenderse y quedar cogido. Niño mimado de las musas, le ha llamado el poeta protestante; planta que crece en medio de lirios y rosas:

*Tamen annumerat tantis quoque musa merentem
Luminibus; virtus quod vel in hoste placet,
Lilia sic inter crescens urtica, rosasque,
Germinat et fruitur floris honore boni.*

Por lo demas, era un bravo caballero, de bella presencia, gran tocador de trompeta, y que retaba y se batia con nobleza.

Veamos un cartel de Cochlée, que mereció ser recogido por Lutero:

«Cochlée á Lutero:
«Si eres hombre, apresta las armas, y no las injurias: ármate de la espada del Espiritu-Santo; es decir, del Verbo de Dios, y midámonos. Ya tienes, ya has encontrado con quién combatir por la fe y la gloria de la Religión. Si

tienes corazon de héroe, ven, ven, y disputaremos á la luz del sol, en el lugar que nos señale César, en voz alta é inteligible; ven, y peroraremos sin ambages, sin subterfugios, sin segundas intenciones. Vencido yo, temeré sufrir el destierro, la prision, la rueda, el fuego, la cuchilla, y todo otro castigo que quiera imponerse por los jueces del campo á aquel que haya sucumbido; á mí me será glorioso el combatir, y vencer ó morir por mi fe. Ven, y al punto, en un instante, sean la lucha, el combate, el triunfo ó la derrota, cayendo en el campo de la verdad. Yo te envío este reto á tí y á cualquiera de los tuyos que quiera sostener en campo abierto el honor de tu Babilonia. A una mujerzuela solo conviene servirse en sus disputas de los motes y dichos satiricos, y hasta de las monstruosidades de una fantasia desarreglada. Los hombres deben hacer uso de otras armas. Ven, pues, armado de todas armas, tú ó uno de tus segundos. Yo os espero. Y lo que he dicho, lo sostendrán mis obras. Que Dios me ayude. Amen.»

Es bien extraño el silencio del reformador respecto á Cochlée. Ni una sola vez se dignó interrumpirle para contestarle. Le juzgaba sin importancia: así es que Cochlée jamás le hizo cometer el pecado de la cólera. Cuando apareció la famosa obra del católico titulada *La Bestia de las siete cabezas*, dijo Lutero: «Yo no tengo mas que una, y aun esa no me la pueden cortar: ¿qué sería si tuviese siete?»

Juan Faber era un teólogo del Renacimiento, que sabia su Aristóteles y su Santo Tomás, como suele vulgarmente decirse, por las puntas de los dedos; apasionado ardiente, como un bachiller, como un estudiante, de Horacio y de Virgilio, hombre de mundo, y mas cuidadoso del aderezo de su traje y persona que lo era de su mismo lenguaje. En Roma habia disputado á Hortensio el premio de la memoria; y en caso necesario, pudiera haber dictado á Lutero, si á este le hubiese faltado la memoria, cuanto habia escrito

en el espacio de quince años; todo, hasta las injurias. Faber fue afortunado. En vez de empalidecer sobre los libros para refutar á su adversario, tomó á este por su cuenta, y se dedicó esclusivamente á componer los *Antilogismos de Lutero*. Abrid este libro, y en cualquier punto que fijeis la vista vereis á Lutero confundido con Arius, Manes y Berenger; si volveis la página, con Scoto y Durando, y en la misma hoja, con Juan Huss y con Eck.

Esta obra hizo un alegre efecto.

Encolerizado Lutero, decia: «No responderé, no, ni á Cochlée, ni á Faber; no hay burro que disputando con Lutero no haya adquirido el grado de doctor. Este Lutero es un Dios, que hace pobres á los ricos, doctores á los jumentos, santos á los pillos, y convierte el cieno en piedras preciosas: ese soy yo, por quien Adriano fue elevado á la tiara, y, no lo dudes, al mismo Faber haré yo Cardenal.»

Faber, pues, era un controversista hábil, y que, segun el testimonio de Melanchthon, habia mostrado tanta ciencia como celo y buena voluntad para calmar los espíritus en Augsburgo. Era el mismo que habia dicho desde la tribuna en la Dieta de Spira: «Antes que yo crea en Lutero, querré mejor creer en Mahoma; porque al menos este conserva los ayunos, las abstinencias, las oraciones y las buenas obras.» A esto responde Lutero: «Temo no haya profetizado como Cahifa, y no abraze el dia menos pensado la femusulmana.» Lutero se engañó, y, muy al contrario de esto, Faber murió en su obispado de Viena, que el Rey Fernando le habia dado en premio de sus trabajos literarios. «Al menos, uno de los que el pobre hombre de Lutero haya realzado y enriquecido,» escribia Erasmo, refiriéndose á Faber, en quien respetaba la piedad y la inteligencia. Nauséa era uno de los predicadores mas grandes de su siglo; mas, difuso y pesado, hasta manosear un argumento y darle vueltas, como pudiera hacerse con un vestido ya usado y viejo.

Cuando el conde Palatino, en nombre del Emperador, hubo pronunciado el discurso de apertura, puestos en pie todos los concurrentes, y con la cabeza descubierta, salió un heraldo á la gradería exterior del palacio, y al sonido de su trompeta las puertas del salon se abrieron, y los vecinos mas notables de la ciudad vinieron á tomar asiento en los bancos que se les habian preparado. Muchos asientos habia que el elector reservaba para los teólogos de su partido: Justo Jonás y Spalatino, que murieron en la fe de sus mayores; Melanchthon, que repudia algunas de sus mismas doctrinas, y Agricola d'Eisleben, jefe de la secta de los antinomistas, que atacó y reprimió el luteranismo y murió en Berlin semicatólico, medio reformado. Los zwinglianos, anabaptistas y carlostadianos quedaron entre la muchedumbre. Los luteranos que vinieron á Augsburgo para pedir la libertad de su conciencia, estaban prontos á adherirse y á aprobar todas las medidas de rigor que el poder impusiese á las doctrinas y á los doctores disidentes.

Al punto, cuando todos ocupaban ya sus puestos, el elector de Sajonia, Jorge de Brandeburgo, los duques Francisco y Ernesto de Luneburgo y de Brunswick, Felipe, landgrave de Hesse, y Wolfgang, principe de Anhalt, se levantaron de sus asientos, y se dirigieron al trono imperial. Entonces Jorge Pontano, canceller del elector Juan, suplica á S. M. permita leer ante las Ordenes la confesion de fe de los principes, á fin de abrir los ojos y desengañar á los que les atribuian opiniones heréticas. El Emperador les concedió audiencia para de allí á dos dias en la sala de su posada, por no tener allí palacio.

Esta sala no bastaba á contener todos los reformados; muchos tuvieron que colocarse en las habitaciones inmediatas y en los pasillos, donde esperaban con indecible ansiedad el efecto que haria la lectura del símbolo reformado. El canceller Cristian, encargado de la lectura de

la exomológisis melanchthoniana, lo hacía con una voz fuerte y sonora; sus palabras, escuchadas con un profundo silencio, se podían oír desde el castillo vecino, donde un gran número de protestantes veían en el silencio con que se escuchaba al orador el más feliz augurio respecto al porvenir de su creencia.

Concluida la lectura, el Emperador, en cuyo semblante se veía pintada la más completa calma, impasibilidad e indiferencia, remitió al Arzobispo de Maguncia un ejemplar de la confesión, escrito en alemán; guardó para sí la versión latina, que había tomado de las manos del canciller Cristiano, y despidió á los príncipes después de haberles hecho prometer que no publicarían la citada confesión sin orden suya, espresa y terminante.

Indudablemente no hay manifiesto más luminoso en la historia de la Reforma contra la misión de Lutero que la exomológisis de Melanchthon, conocida con el nombre de *Confesion de Augsburgo*. Un cenobita se anuncia como ministro del Verbo divino, como un nuevo Eclesiástico ó un otro Eliseo. Quiere hacer prevalecer su autoridad sobre la de la Iglesia católica. Los pueblos, seducidos ó sorprendidos, marchan en pos de su doctrina. En ciertas épocas Dios ha hecho salir de la nada doctores que han tomado por su cuenta la defensa de la verdad; pero las malas pasiones ahogan su voz, y su mismo traje es un obstáculo para que sean bien escuchados. Mas al presente, ved al Jeremías del reformador, al discípulo en quien ha puesto todo su amor y sus afecciones, al hijo de su corazón y de sus doctrinas, quien, obligado á mostrar al mundo el símbolo de los neólogos, presenta, después de largos días de trabajo, una confesión, que fluye miel y manteca; tanto la ha pulido, revisado, corregido y enmendado, como si estuviera componiendo un tema de retórica. Lutero la ha señalado y anotado con estas notables palabras: «Sea condenado el que enseñe otra cosa.» Mas no por esto creemos que sea

una esposición fiel de las doctrinas de Lutero. En sus transportes furiosos contra Erasmo, con motivo de la cuestión del libre albedrío, se podrá observar que la presciencia divina, esta esclavitud del hombre que él halló en los Libros Santos, y que impuso á nuestra fe bajo pena de condenación, allí se verá anulada completamente y convertida en polvo. Ahora bien: ese mismo Lutero no tuvo inconveniente en firmar el art. 18 de la *Confesion*, en el cual Melanchthon establece «que se reconoce y se proclama el libre albedrío en todos los hombres que hagan uso de su razón, no respecto á las cosas de Dios, que nadie puede empezar ni acabar sin su ayuda, sino solo por lo que toca á las cosas de la vida presente y á los deberes de la sociedad civil.» Melanchthon añadía, para aclarar más este pasaje, ya bastante explicado en su *Apología*: «Por las obras exteriores de la ley de Dios:» entendedlo. Mas esto mismo era lo que había dicho allá Erasmo, y escitó las brutalidades de Lutero.

«No quiero ni aja de vuestro libre albedrío; guardadle: si Dios me le ofreciera, le rehusaría.» Mas al presente lo acepta, y hace un artículo del símbolo de su fe.

No podrá menos de recordarse también aquel axioma desconsolador que quiso imponernos abusando de su superioridad científica: «Dios opera el pecado en el hombre.» Pues bien: hay en el art. 19 un rayo luminoso, que arrebató á los Libros Santos, y con el que nos acusa de rebaños: «que la voluntad del malo es la causa del pecado.» Emser, Cochlée, Eck, Erasmo, ¡pobres doctores! ¡Apenas hay diez años que llamábais abominable á esta doctrina de desesperación! ¿Qué hacía el Espíritu-Santo, que así trastornaba el entendimiento del padre de la Reforma? ¿Es esta la letra ó el espíritu claro de su inteligencia? ¿A quién hemos de creer? ¿A Lutero en la cátedra de Vittemberg, ó á Melanchthon en la Dieta de Augsburgo? Infatuados con las iluminaciones repentinas que parten de la Biblia é ilustran

al que la toma y quiere leerla: vosotros os engañareis, ó nosotros seremos engañados.

Vosotros aun no habeis podido olvidar las doctrinas de Lutero sobre las buenas obras, que llama el pecado, que opera un alma justa. Para seducirnos corrompió el testo de San Pablo con interpolaciones, que hicieron alzar á los católicos un grito de reprobación; mas Lutero se burlaba bien de estos gritos de los papistas, á quienes él enviaba á la escuela. Si para embarazarle necesitamos la Epístola de Santiago: «¡Bella autoridad, dice, Epístola apócrifa, Epístola de paja!» Y con todo, nosotros tendremos razón. El maestro erró, porque dijo: «Las buenas obras son dignas de grandes alabanzas; son una necesidad moral, y exigen una recompensa.»

Dormid en paz, vosotros á quienes Lutero condenó desde su albergue de Wittemberg; el codo apoyado sobre la mesa entre dos botellas de cerveza de Torgau, cuando respondiendo á las preguntas de sus comensales, que deseaban saber si un papista podría salvarse, contestaba: «Yo no sé, á fe mia.» Ved que Antonio, Bernardo, Domingo y Francisco son tenidos por santos en la *Apología* de Melanchthon, hijos, por consiguiente, de la verdadera Iglesia. Solo Tomás de Aquino se condenó irremisiblemente, sin duda porque era jacobino, dice oportunamente Bossuet. Nosotros podremos con toda seguridad de conciencia acudir en lo sucesivo á Misa, á esta «invencion de Satanás,» — porque aquellos no abolieron la Misa.

«Entre nosotros se la celebra con suma reverencia, dice la *Apología*, y se la conservan casi todas las ceremonias ordinarias.» Efectivamente, en aquella época, cualquier católico que entrase en aquellos templos reformados, donde no habia podido alcanzar la accion destructora de Lutero, podría ser deslumbrado con ciertas prácticas del catolicismo que se observaban en ellas. Allí podría haber visto á los ministros con sus Breviarios, donde se leía aun el In-

troito, los Kyries la *Collecta*, la *Epístola*, el *Evangelio*, el *Credo*, el *Prefacio*, el *Sanctus*, las *Palabras sacramentales* de la consagracion, la *Elevacion*, el *Pater Noster*, el *Agnus Dei*, la *Comunion* y *postcomunion* ó *accion de gracias*. Los cirios brillando en el altar, el incienso elevándose sobre el ara, llevando á las alturas las melodías del canto religioso en latin y alemán; el sacerdote con los ornamentos y la casulla, con la cruz recamada, el sobrepelliz y el alzacuello ó valona. Melanchthon habia pugnado por que se conservase la liturgia católica, que en parte subsistia, hasta que á su muerte desapareció, y con ella las pocas verdades que aquel habia sostenido. En algunas Misas luteranas de los alrededores de Wittemberg aun se podía rogar por los difuntos, como hacia la primitiva Iglesia y confiesa la misma *Apología*, que, por otra parte, no rechaza las efusiones de la piedad, ¡entendedlo bien! el culto de los muertos, la creencia de la espacion de las almas en la otra vida, ¡esas dos grandes supersticiones de que tanto se habia reido Lutero, estas prácticas nacidas ayer, y pasto de los cerebros papistas! Eck de Leipzig, ¡por qué no vives aun, y Melanchthon te coronaria! Mas, ¡qué cosa tan admirable! «Sodoma y Gomorra, la gran prostituta de Babilonia, la Iglesia católica, en una palabra, vedla ya vuelta á la gracia, justificada y glorificada por Lutero, — porque tal es el espíritu de nuestro símbolo, que nadie podrá encontrar en él algo contrario á la Escritura, á la Iglesia católica y á la misma Iglesia romana. ¿Qué mas quereis? ¿Quereis un himno á la tradición, quereis invocacion á los doctores de la fe, incienso, en fin, á los santos que nosotros reverenciamos? — Nosotros no despreciamos los dogmas de la Iglesia católica, dicen ellos, ni quereimos sostener las opiniones que ella ha condenado; porque no son las pasiones desordenadas, sino la autoridad de la palabra de Dios y su antigua Iglesia, la que nos condujo á abrazar esta doctrina para mayor honra y gloria de Dios, de la doctrina de sus

Profetas, Apóstoles, Santos y Padres, de San Ambrosio, San Agustín, etc.» Pero ¿cuándo dejó de existir el reinado de la antigua Iglesia? Melanchthon no lo dice, y mucho menos Lutero. En el siglo xv no pudo ser, porque ve aun Lutero un hombre á quien llama del todo maravilloso; Gerson, que en el Concilio de Constanza habia condenado á Wiclef y Juan Huss. De modo que, como nota Bossuet, la Iglesia romana era aun la madre de los Santos en el siglo xiv. Ahora bien: ¿qué deducís vosotros de esta confesion de fe de Augsburgo? ¿Creeis vosotros que si Lutero la hubiese hecho en la disputa de Leipzig, la herejía hubiese desolado la Iglesia, y la Sajonia se hubiese inundado con la sangre de sus habitantes? Un hombre mas en 1519, Melanchthon, y la revolucion religiosa no hubiese tenido lugar; un hombre menos en 1530, Lutero, y la revolucion estaba comprimida, lo creemos.

Al escuchar los doctores católicos esta confesion, fueron sobrecogidos de pasmo. Se miraban los unos á los otros, se hacian señas, y no acababan de convencerse de que la Reforma hiciese uso de aquella palabra mesurada que habia desdeñado en otro tiempo; se pasmaron, sí, de una argumentacion sencilla y sin lujo; de una esposicion cándida, y en que el oido no aperebia la menor nota de cólera, en que á ciertos intervalos rebullia alguna novedad, y saltaba alguna heterodoxia escondida entre las flores de una fraseologia cuyo modelo se habia perdido hacia ya muchos años.

Se respondió á los principes que su exomológisis seria examinada detenidamente, y que se les presentaria su refutacion en debida forma el dia que señalase el Emperador. Los protestantes hubiesen querido que los católicos formularasen tambien su confesion. «¿Y para qué? responde Faber: nosotros creemos hoy lo mismo que ayer, y que creeremos mañana.»

Lutero, á quien Melanchthon habia hecho saber la re-

solucion de la Dieta, estaba enfermo en Coburgo. Sufría dolores de cabeza y oídos, y vértigos que le impedían ejercitarse en pensamientos serios. «Mi cabeza zumba, ó mas bien truena, decia: si yo no abandono el trabajo, caeré en un síncope: mi cabeza no es ya mas que un pequeño capitulo; pronto se convertirá en párrafo, y concluirá por no ser mas que un período. No es esto una enfermedad natural; es el dedo de Satanás, que pesa sobre mí. Mas si yo no puedo leer ni escribir, puedo al menos orar, y arrosstrar y bregar con su brazo. Dios me deja dormir, ir y venir, cantar y alegrarme...» Y en otra parte: «He recibido tu carta; yo aprendo á conocer á Satanás; estoy solo; Veit y Ciriaco me han dejado. Tanto ha hecho el diablo, que me ha obligado á dejar la habitacion y mezclarme con los vecinos.» Algunas veces, por librarse de sus tentaciones, se refugiaba en la capilla del castillo, al pie de la cruz. Mas un poder visible le atormentaba mas aun que el mismo principe de las tinieblas: era el Emperador, á quien procuraba lisonjear en las cartas que le escribia á sus amigos, y que bien podia verlas el principe. A Melanchthon no ocultaba ni sus temores ni su desesperacion.

Los doctores católicos se reunieron, y examinada la exomológisis melanchthoniana, la condenaron como ofensiva á los dogmas de nuestra santa Iglesia. Se les moteja de haberse conducido como estudiantes, mas bien que como maestros de la sacra ciencia, al condenar con una amarga ironía y una alegría estrepitosa la versatilidad de la palabra luterana. ¿Se querrá que el corazón del teólogo no sea dominado alguna vez por la vanidad, que mude de naturaleza, y se convierta en un ángel! ¡Es imposible! ¡Un monge de quien se ha hecho un ayudante del Antecristo, que durante muchos años ha usado de su inteligencia para probar que nada tenia de común con el espíritu de las tinieblas, y que el Papa no era el ángel del abismo predicado por San Juan; este monge, á quien en este dia sus mis-

mos enemigos abren la puerta del cielo, en tanto que quitan de la frente pontificia la corona de fuego que le habian puesto en un acceso de mal humor y peor fe; este monge debe ser bien glorioso! Y ¿por qué no le perdonaremos el haber caído en el pecado de la vanidad? ¡Su adversario ha cometido el de cólera y envidia! Lutero se arrepintió mas tarde de haber consentido tan fácilmente en que se le diese el reino de los cielos por estos miserables papistas; y en su *Tisch Reden* no halla bastante fuego en el infierno para quemarlos.

La respuesta fue condenada, conforme al desecho del Emperador.

Durante la existencia de Lutero, tan combatida por las contiendas, los dolores, las enfermedades, las tentaciones, no hubo un momento en que sufriera tanto como en la Dieta de Augsburgo. Esta vez sus dolores son mas profundos, porque vienen, no de los papistas, sino de lo que él tenia mas amado en el mundo, de sus discípulos, que debían velar, durante su destierro en Coburgo, sobre la obra común de la Reforma.

Melanchthon estaba cansado de combatir. Quería la paz para la vejez de su maestro y para la Alemania, que despues de quince años tantas lágrimas y sangre habia derramado; por el mismo Jefe de la Iglesia, á quien le unian el amor y los recuerdos de la infancia, mal de su grado; por aquel ejército de Obispos católicos, siempre sobre la brecha despues de tantos años, y que por una sucesion no interrumpida remontaban su origen al nacimiento del cristianismo. A los ojos de Melanchthon, la antigüedad tenia cierta cosa de solemne; y como no pasaba por delante de unas ruinas sin que su espíritu se arrebatara, así no podia él considerar sin dolor que el viejo edificio del catolicismo se desplomase como las piedras; y teniendo la desgracia de creer las profecías de sus maestros sobre el fin cercano del papado, quería impedir aquella,

conservando la jerarquia eclesiástica. Ciertamente es una bella cosa la tradicion, porque sin embargo de la atmósfera de pasiones diversas en que se envolvía todo el que en la Dieta llevaba el nombre de luterano, Melanchthon tembló á la idea sola de llevar á ella la mano. Hubiese preferido borrar el nombre de eisma, y volver sin deshonrarse á los ojos de los suyos al seno de la Iglesia que él habia abandonado. No se sabe lo que hubiese hecho si el demonio luterano no le hubiera atormentado desde su prision de Coburgo!

Conviene ver á Lutero enfermo, presa de terribles dolores, que le partian la cabeza como un hacha, que se enroscaban en sus sienes y silbaban en sus oídos como serpientes, que llenaban su cabeza del estruendo del cañon, del rumor del trueno, del eco horrisono de las avalanchas, porque en tales actitudes puede solo retratarse su sufrimiento; conviene verle, al solo nombre de paz y de reconciliacion que su discípulo Jonás ha estampado en una de sus cartas, levantarse, coger la pluma, y, exacerbado por este terrible nombre de *restitucion*, arrebatar á la tribuna antigua el fuego resplandeciente de su elocuencia. «¡Restituir nosotros! ¡Eh! ¡Que empiecen ellos por devolvernos á Leonardo Keyser y tantas otras victimas como ellos nos han hecho! ¡Que nos restituyan ellos las almas perdidas por sus doctrinas impías! ¡Que nos vuelvan tantas nobles inteligencias ultrajadas por sus falaces indulgencias y sus fraudes! ¡Que nos vuelvan la gloria de Dios rebajada por sus blasfemias! ¡Que nos vuelvan la pureza clerical que han hollado y escupido! Entonces contaremos, y podremos ver quién es el deudor.»

Melanchthon sentía que su alma se debilitaba, y depositó su secreto en el seno de su padre. Lutero entonces olvida sus dolores por encender la ira de su discípulo y reanimarle. Un momento hubo en que la cara de Felipe se cubrió de rubor, aquel en que Faber habia citado textos